

Editorial

Nuestra vida está repleta de mediaciones, pero a menudo no las registramos como tales. Forman parte de nuestro paisaje con tanta naturalidad que las olvidamos. Por eso tiene sentido detenernos en ellas. Pero, ¿qué son las mediaciones? Son puentes, por decirlo sencillamente. Están en el medio, con todo lo que eso implica. Por un lado comunican. Por otro lado establecen distancia. Es el acontecimiento mismo de la revelación, que manifiesta ocultando.

Gracias a las mediaciones existen los encuentros, aunque nunca de manera in-mediatamente sino siempre acompañados de una tercera instancia. Las mediaciones son el reflejo del mundo, ese misterioso ámbito que no es ni pura materia ni puro espíritu. Y también del hombre, que no por nada ha sido llamado micro-cosmos, síntesis de todo lo real por su doble condición anímica-corporal. Somos barro, dice el Génesis, pero atravesados por el soplo de Dios. Somos imagen y semejanza suya, de manera que todo nuestro ser remite más allá de nosotros mismos. Esta referencialidad constitutiva, que no es privativa del ser humano sino que corresponde a todo el universo, recibe el nombre de sacramentalidad.

La creación es siempre signo de algo más. En última instancia, de Dios. Pero ese plus de realidad, de verdad, de sentido, de belleza, es inseparable de la creación. En nuestro mundo lo espiritual no es ajeno a lo material, ni lo material carece totalmente de espíritu. Poner el foco en las mediaciones es volver a descubrir el carácter simbólico de todo cuanto existe. Y así respaldamos y encontramos a su vez respaldo en la poesía, la metáfora, la mística. El mundo es palabra en la Palabra. Pero ocurre con frecuencia que el reinado del paradigma tecnocrático termina privando de sentido a lo cotidiano. Y a veces también a lo sublime; más aún, a lo religioso.

El mundo es creado por la Palabra. Y esa Palabra se hizo carne en Jesús de Nazaret. Él es no sólo mediador de la creación sino de la redención. Él es el mediador por excelencia, en quien descansan todas las mediaciones. Jesús es verdadero Dios y verdadero hombre, y “no existe bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el cual podamos alcanzar la salvación” (Hch 4,12). El cristianismo es la religión de las mediaciones porque Jesús es la mediación, el mediador. Toda sacramentalidad depende de Cristo, que es sacramento del Padre. Eso es lo que le dice a Felipe: “el que me ha visto, ha visto al Padre” (Jn 14,9). El misterio de Jesús no se agota en sí mismo sino que nos abre al Padre y al Espíritu.

Ofrecemos este número de *Comunio* con el deseo de contribuir a una mayor conciencia de la importancia de las mediaciones, tanto en lo humano como en lo cristiano. Todo es palabra, para el que sabe oír. Todo es imagen, para el que sabe ver. La crisis eclesial en la vivencia de los sacramentos se enmarca en una crisis más amplia, que es la del símbolo como realidad entrañablemente humana, más aún cósmica. Por eso hay

que decir que la fe cristiana se contradice a sí misma cada vez que devalúa la fuerza del signo, de la materia, del prójimo y de la historia. Precisamente, sobre todo, porque “la Palabra se hizo carne” (Jn 1,14).

El artículo inicial de David Schindler (h) aborda la mediación en perspectiva filosófica-teológica, sentando así las bases de la cuestión. Por su parte, las contribuciones de Karl-Heinz Menke y Achim Buckenmaier dan cuenta del déficit de sacramentalidad que sufre la Iglesia, particularmente en Alemania, donde no siempre queda claro el vínculo entre la eucaristía y los demás aspectos de la fe católica.

El filósofo francés Vincent Aucante escribe sobre la cultura como mediación en el proceso evangelizador, lo cual enlaza bien con los artículos de Leandro Chitarroni y Ángeles Smart, dedicados ambos al estudio de mediaciones culturales concretas. Mientras que el primero se concentra en el acontecimiento de Nuestra Señora de Guadalupe, el segundo hace lo propio con las formas teatrales barrocas. En una línea semejante, Adolfo Mazzinghi analiza, desde la arquitectura, la mediación de la luz en los templos cristianos según los diferentes estilos, representativos a su vez de las diferentes épocas.

En la sección Perspectivas publicamos dos artículos. El primero, de Carlos Hoevel, presenta de manera bien documentada los orígenes, las ideas y las diversas interpretaciones de la teología del pueblo argentino. El segundo, de Ignacio Navarro, nos permite recorrer las luces y las sombras de la política tal como han sido retratadas en algunas obras célebres de la literatura.

Transcribimos a continuación, a modo de invitación a la lectura, el poema “Himno de alabanza”, de Olga Orozco.

¿Y por qué no he de cantar también yo un himno de alabanza,
aunque casi todos los que amé sean ahora igual que la hojarasca
que se arremolina alrededor del viento
y no puedan jactarse ni siquiera de poder arrojar su propia sombra?
Por todo lo perdido, ¿acaso contrariaste mi voluntad de dicha
o volví del revés los pasos que me habías señalado?
Si celebré con llanto mis bodas con la noche,
¿fue por seguir mi vocación de abismo
o porque me cubriste con sábanas de tinieblas cada día?
Para nadie la culpa ni para mí el castigo.
Fue solamente porque cayó una estrella
o porque se precipitaron bajo la luna errónea las mareas.

Es la misma señal, el mismo asombro conque sigo cayendo en la espesura,
aquí, desde tu mano.

¿Y no he de cantar por eso un himno de alabanza?

Te agradezco estos ojos que se agrandan para ver
tu escritura secreta en cada piedra;
esta boca con el sabor de “siempre”, “tal vez” y “nunca más”;
las manos y la piel donde arrojan su aliento los
emisarios de territorios invisibles;
el perfume de la estación que pasa, su ráfaga hechicera
ceñida a mi garganta,
y el reclamo insistente del sonido que atruena con el
cuerno para las cacerías.
¡Ah sentidos, mis guardianes insomnes,
refugios instantáneos en un mundo improbable y sin fondo, como yo!
Desde lo más profundo de mi estupor y mi deslumbramiento yo te celebro,
cuerpo, suntuoso comensal en esta mesa de dones fugitivos,
a ti, protagonista de paso en esta historia del amor que no muere,
intermediario heroico en todas las batallas de la tierra y el cielo,
tú, mi costado de inevitable realidad,
delator de intemperies y fronteras, siempre bajo un puñal,
entre el relámpago de la tentación y el tajo de la herida.
Y a pesar de tu corazón irascible, yo te bendigo, mar, bestia obstinada:
en tu acechanza y en tu letanía pasa el relato del diluvio y mi risa infantil,
junto con ese cielo conque sueñas en cada una de tus olas,
en cada balanceo, como yo en el vaivén de mi respiración.
Guárdame en tu memoria como a un guijarro más,
como a un hueso perdido y a estos nombres escritos en la arena,
para velar contigo hasta el último día en el insomnio de la inmensidad.
Gracias te doy, hormiga, modelo de mis viajes en las exploraciones imposibles,
y a la torcaza, por la incesante queja que acompañó mis lágrimas y duelos;
agradezco a la hierba la tierna protección para mis pies furtivos,
y a ti, brizna en el viento, por todo el imprevisible porvenir;
bendita seas, sombra generosa, sumisa a tanto error y a tantas sombras,
y también tú, mi silla, guardiana infatigable frente a la espera y a la lejanía.
Yo te celebro, ráfaga, lluvia, enredadera,
murmullo enamorado del silencio que habita entre las piedras.
¿O no puedo cantar, amor, la noche de tu ausencia y el filo de tu espada?
¿Quién no lleva en la punta de su arpón una ballena blanca?